

leyeron el aviso misterioso: *Cerrado por causa de primera comunión.*

II

Lo cierto es que el *ama* tenía un hermano carpintero establecido en su país natal, Verville, en el Eura. Siendo aún mesonera en Ivetot, había apadrinado en la pila bautismal á la hija de ese hermano, á la que llamó Constanza; Constanza Rivet. El carpintero, viendo á su hermana en buena posición, no la olvidaba fácilmente, aun cuando se veían muy de tarde en tarde, retenidos por sus ocupaciones y viviendo á mucha distancia uno de otro. Pero como la ahijada iba á cumplir doce años y hacía entonces la primera comunión, aprovechó el carpintero esta oportunidad para

para una entrevista, escribiendo á su hermana que contaba con ella para la ceremonia. No podía negarse á su ahijada, y aceptó. Su hermano, que se llamaba José, confiaba en poder obtener con sus muchas atenciones, un testamento á favor de Constanza, porque la madrina no tenía hijos.

La profesión de su hermana no era para él motivo de escrúpulo, y, además, nadie lo sabía en su país. Se decía solamente hablando de ella: «La señora Tellier es una burguesa de Fécamp»; lo que dejaba comprender que podía vivir de sus rentas. De Fécamp á Verville había más de veinte leguas; y veinte leguas de camino son más difíciles de franquear para labriegos, que el océano para la gente civilizada. Los habitantes de Verville no habían pasado nunca de Rouen; nada atraía á los de Fécamp hacia el pequeño pueblo de 500 hogares, perdido en la llanura y formando parte

LA CASA DE PLACER

parte de otro departamento. En fin, que no se sabía nada.

Acercándose la fecha de la comunión, el *ama* se hallaba en un conflicto. No tenía *encargada* ni estaba decidida á dejar su casa ni siquiera un solo día, porque en su ausencia iban á estallar seguramente las rivalidades entre las mujeres del principal y las de abajo; además, Federico se emborracharía, sin duda, y emborrachándose disputaba con los parroquianos por cualquier cosa. Decidióse á llevar toda su gente, menos al mozo, á quien dejó en libertad fuera de casa.

Consultado el hermano en este punto, no hizo la más pequeña objeción, encargándose de alojar á toda la compañía por una noche. Así, el sábado por la mañana, el tren de las ocho llevaba al *ama* y á sus pupilas en un vagón de segunda clase.

Hasta Beuceville fueron solas y hablaron

GUY DE MAUPASSANT

ron por los codos; pero en esta estación subió á su departamento un matrimonio. El hombre, viejo campesino, vestía blusa azul con largas mangas abrochadas en las muñecas, y adornada con trencillas blancas; cubría su cabeza con un viejo sombrero grande y de pelo erizado; llevaba en una mano un enorme paraguas verde y en la otra un gran cesto del que salían las cabezas espantadas de tres patos. La mujer, tiesa, embutida en su traje rústico, tenía cara de pájaro, con la nariz puntiaguda como un pico; sentóse frente á su marido, y se quedó parada, sobrecoyida entre tan elegante compañía.

Y en efecto, en el vagón había una variedad de colores sorprendente. El *ama* vestía de azul, de seda azul de los pies á la cabeza, llevando sobre los hombros un chal de imitación de cachemira francesa, rojo, deslumbrador, fulgurante. Fernanda iba

30535  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
46 1625 MONTERREY, MEXICO

iba oprimida por un traje escocés, cuyo cuerpo abrochado á fuerza de fuerzas por sus compañeras, levantaba su abultado pecho, tan oscilante y agitado que parecía líquido bajo la tela. Rafaela, con un tocado de pluma, simulando un nido lleno de pájaros, llevaba un vestido lila con rayas doradas, algo de oriental, que sentaba bien á su fisonomía judaica. Rosa, con una falda rosa de anchos volantes, tenía el aire de una niña gorda ó una enana obesa; y las dos Bombas parecían haber confeccionado sus extrañas vestiduras con cortinas antiguas, de esas cortinas con ramajes del tiempo de la Restauración.

Así que dejaron de hallarse solas, tomaron un continente grave y se pusieron á hablar de cosas elevadas para dar buena opinión de sí mismas. Pero en Balbec apareció un señor de patillas rubias, con sortijas y cadena de oro, el cual puso en la

la rejilla, sobre su cabeza, varios paquetes envueltos en telas impermeables. Tenía un aspecto bondadoso y bromista. Saludó sonriendo y preguntó con desparpajo:— «Estas señoritas, cambian de guarnición» La pregunta produjo en el grupo una confusión molesta. El *ama*, recobrando al fin su aplomo, respondió secamente, para vengar á la clase ofendida:— «Podría ser usted mejor educado». Él se disculpó:— «Quise decir de monasterio». El *ama*, no hallando réplica, ó creyendo tal vez suficiente lo que había dicho, hizo un saludo muy digno, apretando los labios.

Entonces el viajero, que se había sentado entre Rosa y el campesino, se puso á guiñar el ojo á los tres patos, cuyas cabezas salían del canasto; luego, al comprender ya que tenía cautivado á su público, principió á tocar á los animales en el pico, diciéndoles:— «Hemos dejado nues-  
tra

tra charca ¡cua! ¡cua! ¡cua!, para conocer el asador, ¡cua! ¡cua! ¡cua!» Los desdichados animalitos volvían el cuello para evitar las caricias del guasón, haciendo esfuerzos terribles para salir de su cárcel de mimbre; de pronto, los tres á un tiempo lanzaron un lamentable grito de angustia:—«¡Cua! ¡cua! ¡cua!» Entonces hubo una explosión de risas entre las mujeres; todas se inclinaban, todas se empujaban para ver, interesándose locamente por los patos, y el viajero redoblaba sus bromas con chistes nuevos.

Rosa tomó al punto parte en la broma, y apoyándose en las piernas de su vecino, inclinóse para besar en la nariz á los tres animalitos. Enseguida, todas quisieron hacer lo mismo, y el viajero, sentándolas una á una sobre sus rodillas, las hacía saltar, las pellizcaba; de pronto las tuteó.

Los dos labriegos, más turbados aún que

que sus patos, abrían y cerraban los ojos, sin atreverse á menearse, y á sus enrojecidos rostros, arrugados, no asomaba una sonrisa ni una emoción.

Entonces el viajero, que era un comisionista, ofreció, en broma, bragueros á las mozas, y cogiendo uno de sus paquetes lo abrió. El paquete contenía ligas.

Las había de seda azul, rosa, naranja, violeta, malva, con broches de metal dorado, que representaban dos amoreillos enlazándose. Las mozas lanzaron un grito de gozo; después examinaron las muestras, recobrando la gravedad natural á toda mujer que examina un adorno. Se consultaban con los ojos ó con una frase dicha entre dientes; se respondían de igual manera, y el *ama* tenía en la mano, viéndolas con gusto, un par de ligas anaranjadas, mayores, más imponentes que las otras; verdaderas ligas de matrona.

Contemplándolas,

Contemplándolas, el viajero acariciaba una idea: «— A ver, gatitas mías, necesito probarlas.» Hubo una tempestad de exclamaciones, y se apretaban los vestidos entre las piernas como si temieran que las violentaran. El comisionista esperaba tranquilo el momento más oportuno. Luego dijo: «Si no queréis, las voy á guardar.» Y añadió finamente: «Ofrezco un par de ligas, á elegir, á las que se las dejen poner.» Pero ellas no querían, irguiéndose muy severas. Sin embargo, las dos Bombas ponían una cara tan triste, que para animarlas, el viajero repitió la proposición. Flora *balancin*, sobre todo, torturada por el deseo, dudaba visiblemente. Él insistió: «— Anda, hija mía, decídetes; mira: este par lila, dice bien con tu vestido.» Entonces ella se decidió, y levantándose la falda, enseñó una recia pierna de campesina, mal calzada con una media ordinaria.

ordinaria. El viajero, inclinándose, puso primero las ligas por debajo de la rodilla, luego por encima. Cuando hubo acabado de hacerle cosquillas, dijo: «— ¡Á quién ahora?»— Todas gritaron: «¡Á mí! ¡Á mí!» Empezó por Rosa, que descubrió una masa informe, una verdadera morcilla, como dijo Rafaela. Fernanda recibió los elogios del viajante, al cual entusiasmaron sus poderosas columnas. Las delgadeces de la bella judía tuvieron menos éxito. Luisa *la pájara*, en broma, tapó la cabeza del viajero con su vestido, y el *ama* tuvo que intervenir para contener aquella inconveniencia. Por fin, hasta el *ama* tendió su pierna, una hermosa pierna, gorda y bien formada; y el viajante, sorprendido y admirado, se quitó el sombrero para saludar aquella tan respetable pantorrilla.

Los dos campesinos, petrificados por la sorpresa, miraban de reojo y parecían de tal

tal manera dos pollos mojados, que cuando el hombre de las patillas rubias, incorporándose, hizo un ruidoso quiquiriquí, se desencadenó una nueva tempestad de alegría.

Los viejos se apearon en Motteville, con su canasto, sus patos y su paraguas, y alejándose, la mujer dijo al hombre:

«—Son prostitutas que van á ese condenado París...»

El chancero comisionista se apeó en Rouen, después de haberse mostrado tan grosero que el *ama* se vió en el caso de recordarle secamente que se proponaba mucho, añadiendo esta moraleja:

«— Así aprenderemos á no hablar con el primero que se acerque.»

En Oissel cambiaron de tren, y en la estación siguiente, José Rivet las aguardaba con un carro lleno de sillas y tirado por un caballo blanco.

## III

El carpintero besó finamente á todas las mujeres, ayudándolas á subir al carro. Tres se sentaron en las sillas de atrás; Rafaela, el *ama* y su hermano, en las de delante, y Rosa, no teniendo silla, se colocó lo mejor que pudo sobre la robusta Fernanda; el carro se puso en marcha. Pero en seguida, el trote del caballejo lo sacudió de tal modo, que las sillas comenzaron á bailar, y las viajeras á dar saltos á derecha y á izquierda, con agitaciones de muñeco sacudido, haciendo gestos, dando gritos de susto, interrumpido por otro salto más violento. Se agarraban á uno y otro lado, los sombreros les caían sobre la nariz, sobre la espalda, sobre un hombro; y el caballo blanco avanzaba sin cesar,